

Ver pasar el mundo desde la calle Junín

Todo pasa

ALFONSO MORALES (textos)

ISABEL GARCÉS

(conceptualización del proyecto)

RM, México, 2013, 71 pp., il.

ESCRIBIR SOBRE fotografía supone al menos dos condiciones. La primera, desistir de una exigencia de explicación, es decir, abandonar de entrada la pretensión de contextualizar una fotografía. La segunda se desprende de la primera: buscar un diálogo productivo con la imagen, que permita proyectar más sombras que supuestas claridades. Es lo que el filósofo francés Georges Didi-Huberman llama evanescencia: entrar en contacto con una imagen a través de zonas veladas o problemáticas. Escribir no es describir, es adentrarse en la fantasmagoría misma de la imagen, lo que está implícito en ella y nos genera múltiples dudas y asombros: una silueta inasible, un claroscuro, un borde borroso, un reflejo en un espejo, una sobreexposición, el brillo de lo anónimo, de lo indescifrable. Crear una poética de lo menor, de lo casi imperceptible. Las fotografías deben verse lentamente, pasar las páginas sin prisa, en un ambiente propicio para el silencio (como si se estuviera en un recital de piano), rozar las imágenes con guantes de seda, cerrar los ojos, proyectar otras imágenes, detenerse en algún detalle. Extraño destino tienen los libros de fotografía, por lo general, el de decorar una mesita de centro que, distraída, va llenando de polvo el paso del tiempo. *Todo pasa*.

Este libro es una pieza de fotocineros, raro oficio ya desaparecido que consistía en tomar fotos casuales a transeúntes en calles céntricas. En el mundo actual saturado de imágenes triviales, de selfies, de instantáneas que son consumidas y difundidas de inmediato en las redes sociales, quizá sea difícil comprender el trabajo de los fotocineros, su utópica misión de conservar un gesto simple que iría a parar a un álbum de fotos o a una caja negra de una familia como una tumba sin nombre. El libro es un montaje alterno de miniaturas que nos

conecta con lo efímero e insondable de nuestras caminatas cotidianas. De allí el título: *Todo pasa*. A menos que uno sea Fernando González y consigne en un libro su “viaje a pie”, todo pasa. Las sensaciones se eclipsan una tras otra; la misma calle repetida hasta la saciedad, la séptima, la calle Junín, se va internando en los laberintos de la memoria y, como diría Borges, “las tardes a las tardes son iguales”. A menos que uno sea González, José Manuel Arango, Jairo Osorio o Alfonso Morales. Unos, poetas; otros, arqueólogos de una calle.

Alfonso Morales, cual excavador de ruinas fantasmagóricas, se puso a la tarea de rastrear las fotos de familiares y amigos que caminaban por la mítica y desaparecida calle Junín de Medellín en los años sesenta, y nos presenta este recorrido espectral por los instantes y destellos de vidas anónimas registradas milagrosamente por los fotocineros. Él mismo lo define en un texto boreal que avanza a tientas por la parte inferior de la página hasta desaparecer: “La lente de una cámara es el umbral de otro pasaje, el acceso que conduce al territorio donde las personas se transforman en imágenes, y estas, liberadas de cualquier peso se encaminan hacia rumbos desconocidos”. Pero, es inevitable preguntarnos: ¿hasta qué punto las imágenes son liberadas?, o desde otro ángulo, ¿liberadas de qué, de quién?, ¿del fotógrafo?, ¿de la persona que fue retratada?, ¿del espectador? Coincidimos con Morales en percibir la fotografía como un umbral, pero quizá no necesariamente como un pasaje de liberación, en la medida en que las imágenes proyectan una luz y una oscuridad que trascienden nuestra propia mirada de testigos directos o indirectos de un gesto capturado. Solo podemos interpretar ligeramente un gesto, no nos es dado definir lo que experimentó la persona al volverse imagen; el aura, la imposible aura persiste, sobrevive más allá de la imagen final. En parte, nosotros también somos ya fantasmas que vemos fantasmas, no tenemos un lugar claro cuando observamos imágenes del pasado.

Cada fotografía de un fotocinero capta un gesto accidental, una sonrisa tímida, un brillo de sorpresa en los ojos, un parpadeo de coquetería, un

ceño fruncido, un rechinar de dientes. Algunos gestos no apuntan a la cámara, se pierden en los bordes inasibles de la imagen; otros se enfrentan al destino eterno en el que han sido capturados. Muchos transeúntes siguieron de largo sin avistar la cámara, como náufragos de la historia. Siguieron su camino hacia un bar, un grill, un café, un cafetín, un teatro, una librería o una casa de citas de la calle Junín; se escondieron un par de horas en un mitin secreto, en una cita prohibida, en una conversación banal. Casi todos estos lugares han desaparecido. *Todo pasa*.

La mayoría de fotos son de guapas y altivas mujeres paisas de los años sesenta, con vestidos de una o dos piezas, en ocasiones con gafas oscuras, grandes, como salidas de una película de Marilyn Monroe o Elizabeth Taylor. Otras son de hombres apurados o de poetas ensimismados. Hay bebés llorones, niños juguetones, lolitas sonrojadas, comerciantes convencidos, esposos celosos. Las fotos se prestan para estos juegos inocentes, para estas conjeturas aventuradas. En cada foto caben múltiples vidas de cada persona, lo que era en ese momento, lo que quería ser, lo que no sería. *Todo pasa*.

El libro juega con dos planos de la imagen: está la miniatura de la foto original y a su costado, en ocasiones, vemos un primer plano, un detalle de la ropa, de la cara, de una pared, o simplemente algo borroso, un extremo zoom que nos lleva al abismo. El año 1960 sin duda representó algo memorable para la calle Junín de Medellín y para las almas que sondearon sus aceras desprevenidamente. No puede ser casual entonces la aparición simultánea de dos libros que tienen como escenario ese tiempo, el de Morales y *Junín 1960*, de Jairo Osorio Gómez (Universidad Autónoma Latinoamericana, 2013). Ojalá hubiera más libros sobre una calle, céntrica, periférica, célebre o desconocida. Ojalá podamos leer con más frecuencia libros íntimos de esta factura, que nos sorprendan y nos internen en experiencias de contacto con la evanescencia.

Al repasar este libro, pensamos en la fotógrafa-niñera Vivian Maier y en la película del escritor norteamericano Paul Auster, *Smoke*. En los dos casos hablamos de fotógrafos aficionados

CRÓNICA		RESEÑAS
que se concentran en retratar gestos anónimos en los mismos lugares una y otra vez, como si no hubiera un mundo por fuera de una calle, de una esquina anclada en el tiempo. Para Morales es la calle Junín: Volver a los días en que se construyeron los sitios que hicieron de Junín un paisaje obligado: el salón de té y repostería Astor (1930), fundado por inmigrantes suizos; el restaurante Versailles (1961), el primer negocio que vendió gaseosas y refrescos en Medellín; el Teatro Junín (1924), que fuera demolido para dar lugar al rascacielos Coltejer (1968) (...) quizá entonces comprenderíamos por qué el nombre de una calle se convirtió en un verbo: juniniar. Alberto Bejarano		